

ÍNDICE

Prólogo	11
Introducción: Para antes de echar a andar	17
Un viaje de los de antes (homenaje a mi viejo coche)	25
El corazón norte de Europa	35
Cazorla: olivares de plata	55
De los Alpes... a Castilla	61
Asturias: Sinfonía eterna de verdor y cumbre	67
En el corazón de Los Dolomitas	103
Clarines y tambores en Salamanca y Zamora	111
En el tren del pensamiento (Viaje literario e intemporal a Andalucía)	129
El latido de la vieja Europa	147
Al Sur de Francia en primavera (Viaje por la Provenza)	195
París: El encanto de una ciudad milenaria	233
Rumanía: Impresiones al pasar	255
Croacia: Las heridas de los Balcanes	271
Rusia: un mundo fastuoso y enigmático	311

PRÓLOGO

Diré sobre el viajar, sobre el libro, su autor y algunos de sus viajes en compañía de la mirada *contemplativa* de su esposa.

VIAJAR. Es una de las acciones más antiguas —inevitables— del hombre. Es hacer que la rutina tenga un sentido: «conocer las costumbres de los distintos pueblos, despojarnos del prejuicio de que sólo se puede vivir de la manera a que uno está acostumbrado en la propia patria» (Descartes). El viaje es la filosofía hecha camino; actividad humanista y humanitaria que pone a prueba nuestra personalidad, ensancha la mente, desarrolla la sensibilidad, aumenta la tolerancia y el conocimiento de otros países y culturas. Obliga a compartir puntos de vista. Cuando se vuelve de un viaje, nos sentimos más humanos. De hecho, el vivir ha sido definido como un viajar, un «ir siempre más allá», «saber ver, saber mirar», pábulo de otro de los libros del Dr. Rozalén Medina, y que diseña toda la vida de este docente educador que *ha viajado con otro acento*.

Alcanzo a ver que filosofía y literatura —desde los inicios hasta hoy— fueron y van de la mano: viajando. Ellas reclaman al unísono preparación interior: es el alma lo que tenemos que cambiar si queremos que los viajes nos ayuden a crecer como personas. Lo que contemplamos en el viaje y formulamos en pensamientos, sentimientos y escritura suele ser espejo de lo que somos. Así resultarán orientación y remedio de nuestros males y miserias. Nos recuerda el maestro

y amigo J.L. Rozalén las palabras de Séneca: «Viajar es descubrir lo que el mundo es, pero también lo que somos nosotros». Y añade para siempre: «Viajar es vivir con el alma abierta, el corazón dispuesto y los sentidos a flor de piel. Viajar es vivir, y vivir es viajar caminando, amando, luchando, creando» (Introducción).

Sin duda: viajar, en sus innumerables formas, ha sido objeto de varias tipologías. Por ejemplo: el viaje turístico, el iniciático, el de descubrimiento... Y aunque ellas pueden ser una herramienta limitada, sin embargo, también son prácticas a la hora de intentar limitar el estudio de un aspecto tan amplio de la intrahistoria de los hombres.

Cuando al verbo «viajar» le antepone la palabra «filosofía» o «literatura», añadimos un componente importante: la escritura. Viaje y escritura, dos elementos que se unen para construir el testimonio de que la palabra viva preserva la memoria de lo vivido y visto en el viaje. Cuando J.L. Rozalén viaja, siente un impulso irresistible de contarle con fundamento y por detalle: como un maestro que nunca se agota, o no del todo, quiere hacer de sus vivencias un ininterrumpido servicio pedagógico y filosófico a la humanidad.

Como género literario, la misión de la literatura de viajes es anidar palabras hechas imágenes y uncidas a sentimientos; abrir los ambientes de diferentes disciplinas haciendo confluír la filosofía, la historia, la literatura, el arte, la antropología... En fin, enriqueciendo el saber desde las posibilidades de la escritura. Y eso, a fuer de sincero, lo logra plena y estremecedoramente el doctor J.L.Rozalén.

Descubrimos también la importancia de este género filosófico-literario del viaje en los debates actuales que plantean las ciencias humanas: sus fronteras entre realidad y ficción, sus formas de representación e imaginarios colectivos, la cuestión del otro, los temas de identidad y alteridad... Cuestiones todas que convierten el campus de la filosofía y de la literatura de viajes en un arco polilobulado (personal y a la vez participativo) de escrituras vigentes, plenas de actualidad, imprescindibles para comprender las formas globalizadas de este mundo que habitamos y nos habita.

ESTE LIBRO. Salido de una mente ahormada de neuronas pedagógico-filosóficas, representa «el deseo de conocernos mejor en contacto con las cosas, con las maravillas del Universo, con la intención de ver y disfrutar de cuanto consideramos bello, grandioso o digno de admiración. Un manojo de viajes vividos con diferentes ritmos, pero siempre con el mismo espíritu, la misma melodía de fondo, la misma armonía envolvente» (Introducción).

Digo yo que si la filosofía está irremediabilmente en el aire que respiramos, la literatura va a su aire para diseñar como un metisaca en los sentimientos. En efecto, la filosofía se acuesta del lado de la literatura, diría Unamuno. En particular, el libro de viajes y la novela agregan porciones de realidad al mundo real, diría J.Ferrater Mora. Representan una encuesta general sobre la naturaleza y sobre el hombre, diría E.Zola, o un instrumento que hace posible el acceso a la realidad humana, diría J.Marías. Abren el alma al mundo que es y al que queremos que haya, construyendo su entramado de crítica y deseo. Y para ello, como el buen pintor de paisajes, su primer que-hacer es mantener una distancia del paisaje, que diría Eugenio D'Ors: porque, ¿te verías bien, pegando tus ojos al espejo?

Es éste un libro, con catorce viajes-paradigma, que enriquecerá la amplia biblioteca de filosofía y de literatura sobre el particular: desde la caverna de Platón hasta Dante Alighieri, Goethe, Galdós, Azorín, Javier Reverte y tantos más.

SU AUTOR. Esposo, padre y joven abuelo, profesor y educador, doctor y maestro, compañero y amigo, escritor prolífico y poeta nato, conquense de pro, cronista del detalle y ciudadano ejemplar. Él no busca palabras, sino que ellas le buscan. Un vocabulario henchido de sentimiento para con la naturaleza y el arte van de la mano en sus viajes para decir o expresar: de suerte que pensamiento y sentimiento moldean la vida viajera de J.L Rozalén. Toda una filosofía del sentimiento y de la mirada, y todo un sentir y mirar de la filosofía del pensamiento, anudados armónicamente por su vocación pedagógica que

le hierva la sangre. Si su magisterio hizo hablar al alumnado, en este libro hace hablar a la naturaleza, ¡y ella le habla generosamente!

De ahí que dibuje con palabras: no necesita de pinceles, –que usarlos sabe, y soy testigo de que con éxito–. Así, respunteando su vida de viajes emprende muchas más salidas que su paisano don Quijote. Pues a poco que ahondes, querido lector, atisbarás un remedo de aquel afán de aventura redentora con que vivió su magisterio, y que el autor succionó apasionadamente de la Institución Libre de Enseñanza.

ALGUNOS DE SUS VIAJES. «Donde está mi forma de ver, mi pupila, no está la tuya», decía Ortega y Gasset. Por eso cada lector se recreará, sacará más enjundia en uno que en otro de estos catorce viajes escritos con verbos, sustantivos, sinónimos, epítetos, adjetivos nacidos en la real academia de la lengua de su alma; vocabulario exacto, cálido, descubridor de matices, iluminador de secretas rendijas, envalentona el ánimo. J.L.Rozalén logra que la palabra diga las cosas cantando, asomando el verso como requiebro de enamorado, derramado por todo el libro. Por ejemplo, en su viaje «Cazorla: olivares de plata», se adorna cual artista de capote y albero: *olivares aceitosos, centenarios, aceitunados, inmensos*. ¿Lo ves?

¡Escribiendo en prosa le salen a la zaga los versos! Inyecta historia, arte y cultura: sin tecnicismo y con elegancia a un tiempo. Todos los viajes de que nos documenta en este libro rezuman cultura. Ved, sin más, el de «Rusia: un mundo fastuoso y contradictorio», donde en prietas páginas dice todo y sólo lo que es la historia de este enorme país, el arte (San Petersburgo, el Ermitage, el «Anillo de Oro»), la filosofía, el paisaje, la literatura (desde Tolstoi hasta Dostoievski, desde Gogol hasta Pushkin) Y en su viaje «De los Alpes a Castilla» hace prosa y de pronto le vienen a sus labios los hermosos versos dedicados al Canal y a la Sierra de su tierra conquense A mí, que desde mi infancia conocía la ciudad de Cazorla, fue J.L.Rozalén el que me la entró en el alma. Es esa virtud natural de quien describe, excita y escribe versificando: así, cuando uno quiere visitar y conocer a fondo,

por ejemplo, la ciudad de Baeza, basta seguir el itinerario que marca la cadencia de sus nueve estrofas (Ver aquí mismo, o en su libro *Con las alas del alma. Poemas. Madrid, 2003.* pp. 32-33). Siempre viaja fondeando: «Asturias: sinfonía eterna de verdor y cumbre», o «Clarines y tambores en Salamanca y Zamora», o «El latido de la Vieja Europa», o «París: El encanto de una ciudad milenaria», o «Croacia: Las heridas de los Balcanes», o «En el tren del pensamiento (Viaje literario e intemporal a Andalucía)» y en el que nada más subir al tren inquiere: «Para qué filosofía»...

Me pregunto *soto voce*: ¿cómo puede J.L. Rozalén recorrer, ver, mirar, recoger, memorizar, sentir tanto y tanto en todos sus viajes por esos mundos de Dios? No sé qué admirar más: si lo que él ha visto, o el modo cómo nos lo transmite generosamente en su libro. Y tú, lector o lectora, cuando quedes prendido de su lectura: ¿qué dirás?

Pedro Ortega Campos
Catedrático y doctor en Filosofía y Sociología

INTRODUCCIÓN

PARA ANTES DE ECHAR A ANDAR

Cualquier viaje, escribía Goethe a su paso por *Verona*, en su sugestivo libro *Viaje a Italia*, no debe obedecer al deseo de formarnos falsas ideas sobre nosotros mismos, sino, muy al contrario, «al deseo de conocernos mejor en contacto con las cosas, con las maravillas del Universo, a la intención de ver y disfrutar con todo aquello que consideramos bello, grandioso o digno de admiración».

Cuando, recientemente, contemplábamos en *Asturias* sus paisajes indescritibles, llenos de majestuosidad y misterio, con las soberbias cumbres de los Picos de Europa como telón de fondo de otras montañas más cercanas, pero igualmente poderosas, exultantes de fuerza y verdor, que nos envolvían y embelesaban..., cuando veíamos las alfombras mullidas de sus dulces prados encaramarse monte arriba, hasta llegar a la cima en donde pacían, ajenas a todo lo que ocurría a su alrededor, mansuetas vacas que rumiaban sin descanso la fresca hierba..., cuando nos deleitábamos con el rumor eterno de sus impetuosos ríos y cascadas y nos sentíamos seducidos por sus pintorescos cabos y ensenadas, por sus deslumbrantes playas, por su vegetación exuberante, por sus gigantescos acantilados abiertos al Cantábrico, garzo y tranquilo en ocasiones, encabritado y amenazante en otras muchas..., no hemos podido dejar de evocar las sabias palabras del escritor alemán y pensar que tenía toda la razón.

Porque, en efecto, viajar es ponerse en contacto con el Universo «para gozar con su grandioso espectáculo, para, al mismo tiempo, poder conocernos un poco mejor a nosotros mismos, para saber que somos seres pequeños, pero, al mismo tiempo, nobles y de infinita proyección, y conseguir de esta manera llegar a ser personas más sabias, más abiertas, más equilibradas, más humildes, más tolerantes y felices».

Ya Séneca, nuestro gran filósofo estoico y cordobés, habla en sus conocidas *Cartas morales a Lucilio*, entre otros muchos asuntos, de los viajes, con ese gran sentido suyo del equilibrio, de la medida, del dominio interior, y expresa allí pensamientos verdaderamente admirables que nos ponen en guardia ante la peregrina idea de que cualquier viaje, de forma indiscriminada, sin ninguna preparación interior, es, sin más, la panacea para nuestros males y miserias. Nos recuerda Séneca que «quien siempre quiere estar en todos los lugares no está en ninguna parte. A los que pasan su vida corriendo por el mundo les puede suceder que han encontrado muchas posadas, pero muy pocas amistades verdaderas...».

Afirma el filósofo español y romano que *es el alma lo que tenemos que cambiar* si queremos que los viajes nos ayuden a crecer como personas. «Aunque cruces el ancho mar, tus vicios te seguirán doquiera que vayas..., aunque contemples ciudades, tierras, países, todos estos cambios son en vano, *si no cambias el hato de tu alma*. Si no haces esto no encontrarás agradable ningún lugar del mundo». En definitiva, viene a decirnos el estoico pensador cordobés, *el viaje que realizamos está dentro de uno mismo*.

Cuando nos liberemos de nuestras propias miserias, entonces, nos sigue recordando Séneca, podremos gozar de cualquier lugar a donde vayamos, aunque sea muy lejano e inhóspito. En realidad el Cosmos entero es nuestra casa, y se puede ser igualmente feliz en cualquier habitación de esa «casa-mundo», si somos interiormente libres y felices.

En definitiva, casi siempre, lo que contemplamos suele ser espejo de lo que somos, de cómo nos sentimos, ya que solemos proyectar

sobre la realidad exterior nuestro mundo más íntimo y verdadero. Porque, en realidad, *viajar es vivir*, y *vivir es viajar*, es caminar, es andar, viajeros, a lo largo del sendero de nuestra existencia, procurando llenar ésta de cosas hermosas, de experiencias estimulantes y buenas, de momentos llenos de Verdad, de Bondad y de Belleza.

Los viajes nos procurarán el conocimiento de nuevos pueblos desconocidos, nos mostrarán altivas cordilleras con sus cumbres nevadas, vastos horizontes de restallante belleza, valles regados por aguas inagotables..., *pero todas estas cosas, por sí mismas, no te harán mejor, ni de juicio más ponderado...* «Mientras no sepas viajar», nos recuerda Séneca, «mientras no sepas lo que debes evitar y lo que debes desear, qué cosas son necesarias y cuáles superfluas, dónde se halla lo justo y dónde lo injusto, *dónde habita lo bello y dónde vive lo feo*, lo que hagas no será viajar, sino andar errante».

Efectivamente, nos parecen muy hondas y verdaderas las palabras del pensador hispano: «Viajar es, en efecto, descubrir lo que el mundo es, pero también descubrir lo que somos nosotros», descubrir, al contacto con nuevas experiencias y emociones, nuevas facetas de nuestra personalidad que hasta ese momento tal vez desconocíamos, para, de esa forma, poder romper ataduras y esclavitudes, disolver monotonías diarias, y llegar a ser, en definitiva, *mejores personas con nosotros mismos y con los demás, seres más completos y armónicos*.

Como apunta muy certeramente la escritora Rosa Regás en su sugestiva obra *Viaje a la luz del Cham*: «Viajar es, ante todo, romper con la rutina, con la obsesión del propio vivir y, a partir de nuestra individualidad, dejar paso al vivir ajeno.» Viajar, pensamos nosotros, es una inagotable fuente de placer espiritual al contemplar paisajes desconocidos, castillos y murallones heridos por el tiempo y la yedra, atardeceres prodigiosos, monumentos llenos de luz y resplandor, antiguas villas que guardan en sus barrios viejos la esencia condensada de muchos siglos de historia..., *pero siempre que todas esas realidades candentes y bellas las sepamos iluminar y transfigurar con la luz especial de nuestra inteligencia emocional*, las sepamos

interpretar a través de nuestra capacidad intelectual y sentimental, original y única, que es capaz de impregnar y transformar con ideas y emociones personales, únicas e irrepetibles, todo lo que contemplamos y vivimos.

Nos dice Javier Reverte, uno de nuestros escritores de viajes más reconocido, que «todos nuestros sentidos reclaman el contacto con lo que existe y palpita; precisamos del olor de las cosas, de su sabor, de su tacto y de sus sonidos. Una de las más hondas razones para viajar es precisamente ésta: *invadir con todo el equipaje que constituye nuestro propio ser la entraña misma de la realidad, es decir, bañarnos en la vida*».

Los viajes, escribía Descartes, viajero empedernido en la convulsa Europa del siglo XVII, «sirven para conocer las costumbres de los distintos pueblos y para despojarnos del prejuicio de que sólo se puede vivir de la manera a que uno está acostumbrado en la propia patria». Efectivamente, *viajar es poder vivir intensa y libremente sin las cadenas de cada día*. Viajar es cambiar de lugar y de ambiente, y aunque el viajero arrastre consigo sus ilusiones y decepciones, sus alegrías y sus penas, sin embargo, todas estas realidades cobran otra perspectiva cuando coge las maletas y empieza la aventura.

Cuando *sabemos viajar*, cuando escogemos y planificamos nuestra «pequeña o gran escapada» sin dejarnos teledirigir por las reglas de la publicidad y del consumo (que también se puede «consumir cultura»), del marketing o de las grandes compañías (las cuales suelen ofrecer productos masificados y vulgares), cuando preparamos nuestro viaje basándonos en nuestra propia creatividad y autonomía, entonces podemos conseguir uno de los mayores gozos que la vida nos puede conceder.

Es triste y desesperante observar muchas veces al *turista* (que no *viajero*) ir y venir de acá para allá, sin ton ni son, recorriendo cientos de kilómetros, atravesar países diversos, y que, al final de su atolondrado periplo, no es capaz de recordar nada verdaderamente interesante, si no es algún restaurante famoso, alguna sala de juego o baile, alguna débil y difusa imagen de algún monu-